naturaleza de aquella obscura entrada por la que cada uno de nosotros tiene que pasar, en camino del tiempo á la eternidad; en otras palabras, algo tenemos que decir sobre la muerte.

CAPÍTULO IX

LA ÚLTIMA PARADA EN VIAJE AL HOGAR

Ó "ENTRADA LENTA Á LA ESTACIÓN"

> Breve y quimérico día, con sus fantasmas ruidosos y sus pobres coronas de papel de oropel adornadas, ese ya se fué y la divina noche siempre duradera, con sus diademas de estrellas, con sus silencios y sus veracidades, esa llegó ya ¿Y tú, entretanto, qué has hecho, y cómo?
>
> TOMÁS CARLYLE.

NADA más importante en relación con nuestra vida presente, que el modo en que de ella hemos de salir. Ni tampoco hay punto alguno de mayor interés práctico y personal; por la sencilla razón de que cada uno y todos nosotros, sin ninguna excepción, tendrá en su turno que someterse á la prueba.

Algunas personas tienen fuerte é inconquistable temor de arrojar fuera su vestidura de carne, el cuerpo. En su mente, la muerte se

encuentra ligada á todo aquello que es terrible, repugnante y espantoso. Sin embargo, morir es natural; sí, tan natural como lo es el nacer; y, aquello que con natura está de acuerdo, no debía ser temido, tan temido. La muerte es consecuencia del pecado. "Entró la muerte al mundo por medio del pecado". Es, por lo tanto, muy razonable, que nos inspire algún temor y se le vea como castigo. Pero el temor del cristiano no se encamina tanto al acto mismo de morir, sino á lo que se le sigue después de la muerte. La investigación estricta y fiel inquisitoria de su vida terrestre, la mirada suspicaz de un Juez omnisciente y omnipotente, la naturaleza irrevocable de la sentencia final y la espantosa posibilidad de encontrarse con la suerte del réprobo, ¡la condenación eterna! Son estos pensamientos y otros como estos, los que causan pena y doblegan la mente y llenan el alma del pecador y de los mundanos, con sentimientos de temor y de angustia.

En cuanto al acto puramente físico de morir, á decir verdad, no es para tanto lo que en ella pasa. Haciendo á un lado casos excepcionales, si hay algún dolor es poco el que se hace visible. La verdad es que la muerte caracterízase más bien por ausencia de dolor.

El sufrimiento real y agudo no es ni de la vida ni de la muerte. Conforme se va gastando el cuerpo y los sentidos se van ofuscando, la capacidad misma del dolor decae más y más. Por fin el alma abandona el cuerpo, no mediante ningún esfuerzo de arranque ó de agonía, sino sencillamente porque el cuerpo llega á debilitarse demasiado, en extremo desorganizado, muy gastado é incapaz de retener por más tiempo el alma. Escápase, digámoslo así, cual si fuese flama de una bujía que ha ardido hasta el fondo del candelero y que se apaga simplemente porque no tiene ya aceite que lo abastezca y nutra.

Nada hay de doloroso, nos dice el Dr E. Johnson, en la muerte por causa de vejez. "Va haciendo sus progresos con paso gradual y recóndito que apenas si se nota y el anciano va bajando al sepulcro casi insensiblemente; con la conciencia, pues, de que ya se le acerca su hora, pero sin embargo, ignorante en el momento cuando está dispuesta para recibirlo. Por grados imperceptibles, el principio vital llega á debilitarse más y más; los latidos del corazón disminuyen y se hacen menos perceptibles á cada momento; circulan los fluidos con rapidez que va disminuyendo; efectúase un cambio en su calidad; llenan sus diversas funciones de

manera imperfecta; asimílase el alimento con lentitud; se tiene hueso donde debía haber cartílago; se tiene flaqueza donde debía haber firmeza y tensión; huesos que antes estaban separados llegan á esto á consolidarse; los fluidos lubricándose hacen deficientes los tendones; los ligamentos que regulan la extensión del movimiento se endurecen. Así, pues, el anciano se mueve con dificultad, siendo su respiración precipitada y desigual al menor esfuerzo que haga. Las partes menos esenciales de su cuerpo son las primeras en abandonarle; el cabello se le pone blanco y se le cae; los dientes se le aflojan y se caen; la vista se le anubla y el oído se le debilita; su memoria es frágil y el genio pendenciero. Pasado poco tiempo llega á hacerse perfectamente inútil; su cerebro pierde su sensibilidad; abandónalo la memoria, y ya el crepúsculo de la muerte se halla en derredor suyo, cuando á poco se clausura sobre él la noche del sepulcro y no se le vuelve á ver jamás.

"Por fin llega el olvido con su esponja y borra su nombre de la lápida del recuerdo humano; y del ruidoso héroe de este pequeño drama, no vuelve á oirse ni de él pensarse, y, finalmente, ni siquiera soñarse de él".

Casi todos los médicos, pero con especialidad aquellos que han tenido una larga y variada experiencia nos aseguran que la muerte, bajo su aspecto físico, es mucho más terrible en anticipación que en la realidad. Realmente se inclinan á creer con el gran naturalista Buffon (*) que es tan fácil morir cuan facil es nacer, tan sencillo dejar este mundo cual entrar á él. Uno de nuestros diarios nocturnos citó recientemente al Doctor Roosevelt que había dicho que cuando la muerte está cercana, el paciente no parece sentir sus terrores. Salvo que la imaginación se halle estimulada por el cuadro ó imagen terrible de los supuestos "dolores de la muerte" ó de los sufrimientos que algunos creen debe de reportar el alma tras la disolución, es bien raro, en verdad, que los últimos días ó las horas de la existencia se pasen en temor. La mayor parte de los enfermos se sienten sumamente cansados; el sueño—aquel muy prolongado y tranquilo—es lo que necesitan. Yo he visto (nos dice este mismo facultativo) á muchas gentes morir. Mas nunca he conocido á alguno que le tuviese miedo á la muerte, sino es en aquel caso en que aquélla parecía estar muy lejana. Aun aquellos que están cons-

(*) "La mort es aussi naturelle que la vie. L'une et l'autre nou arrivent de la même façon, ***sans que nous le sentions, sans que nous puissions nous en apercevoir***". (Buffon, Hist. de l'hommes.)

tantemente amagados por la idea sintiéndose fuertes y sanos, poseídos del temor del término de la vida, olvidan aquel temor cuando está acercándoseles su fin. La mayor parte de las gentes se encuentran en estado inconsciente por horas antes de que mueran; y en los casos raros donde se retiene conocimiento inalterado de las cosas hasta unos cuantos minutos antes del final, la última de las sensaciones tiene que ser una de calma perfecta y de descanso.

Otra autoridad, Leo Grindon, estando de catedrático en la Real Escuela de Medicina de Manchester, escribió diciendo: "Cuando la muerte está á punto de verificarse, el temor á ella se pierde en gran medida. Por lo menos no es cosa tan común, como es bien sabido, de aquellos cuya profesión les conduce á la cabecera del moribundo. Esta es otra cosa de esa gran misericordia y providencia de Dios, tanto para el paciente como para aquellos que lo rodean". No debemos, pues, dar mayor importancia á las simples apariencias externas, las que con frecuencia tal parecen indicar dolor y temor, cuando de hecho, ambos, en realidad, están ausentes.

Bien que, de veras, H. Höffding, en su obra *Bosquejos de Sicología*, hace observación di-

ciendo que: "deducir terribles sufrimientos de las convulsiones y el estertor del moribundo, es un equívoco". (*) Cuando llega la muerte con lentitud, cesa el dolor antes de que comience la lucha de la muerte, y las convulsiones son con frecuencia movimientos reflejos, que se verifican después de que la circulación de la sangre se contiene y ha cesado la actividad cerebral. "Nada"—dícenos Grindon—es más engañoso que la manera como muere una persona, por frecuencia con que se vea el caso. Los más llenos de culpas mueren "en paz" con la misma frecuencia que los buenos, aunque es la paz del entorpecimiento en unos, y el de la piedad en los otros". Además: "Imaginarse como muchos lo hacen, que la muerte es cosa dolorosa, físicamente hablando, es otro error completo, pues eso equivaldría á buscar la sensibilidad en la *pérdida* de la sensibilidad. La muerte es más bien sueño que sensación; una suspensión de nuestras facultades, más bien que un conflicto con ellas, y en lugar de ser una época de su-

(*) En cuanto á temores de angustias de la muerte, dícenos Buffon: "Esas agonías terribles más es lo que espantan al espectador que lo que atormentan al enfermo; pues á cuántos no se han visto que después de haberse visto en aquel extremo último, no han conservado recuerdo alguno de lo que les había pasado, como tampoco alguno de lo que habían sentido. (Hist. de l'homme.)

frimiento, es tiempo de inconsciencia que se hunde».

Tan interesante es este asunto, que agregaremos también las declaraciones explícitas del Dr. Baillie y de la señora Jameson. Nos dice el Dr. Baillie que sus observaciones á la cabecera de los moribundos lo inclinan á la creencia firme de que: «la Naturaleza» (con lo que, por supuesto, quiere decir Dios) se hizo el propósito de que saliésemos del mundo tan inconscientes cual venimos á él. Y la señora Jameson hace la observación de que: «desde el instante en que el espíritu se encuentra con la muerte, es probable que aquél se halle en igual estado del en que se encuentra cuando abarcado por el sueño. Tener conciencia de la transición inmediata del estado en que se despierta al estado del sueño, es cosa que supongo jamás debe haberle ocurrido á ninguno». Así tiene que ser con nuestra propia transición del tiempo á la eternidad.

«Hasta donde me ha sido dado observar las personas cercanas á la muerte», escribe el Dr. Holmes, «los católicos Romanos entienden mucho mejor el modo de prepararse á morir, que los protestantes. Tienen á su cabecera un experto, armado de específicos espirituales en los

que tanto el paciente, cuanto el sacerdote que los administra, tienen confianza implícita. La confesión, la Eucaristía, la Extremaunción, todas y cada una inspiran una confianza que, sin aquel simbolismo, suele hacer falta en naturalezas que son demasiado sensitivas.... Si el poeta Cowper hubiera sido un buen católico Romano, en vez de que su conciencia fuese dirigida por un protestante cual Juan Newton, nunca se hubiera muerto con desesperación, calificándose á sí mismo de réprobo. Yo he visto á infinidad de católicos Romanos en su lecho de muerte, y siempre se me ha figurado que aceptaban lo inevitable con una compostura que demostraba que sus creencias, ya bien sean éstas ó no la mejor norma de la vida, eran mucho mejores para morir que muchos de aquellos credos más insensibles que han reemplazado á aquél».

Cuando se trae á la memoria que el Dr. Holmes pertenecía á la escuela llamada «Emersoniana de Transcendentalistas», y que de profesión fué médico, su testimonio es gran tributo al poder de la fe Cristiana, patentizada, como lo está, en la *vieja* Iglesia de la Cristiandad.

Mi experiencia personal, que abarca ya bas-

tantes años, está en harmonía completa con las autoridades citadas. Para decir verdad, siempre me he sentido sumamente perplejo ante la calma extraordinaria, la paz y la ausencia de toda ansiedad ó temor, que con frecuencia he notado en los moribundos, aun en aquellos que no siempre han sido modelo de virtudes. Y, desde el momento en que este asunto fué para mí uno de peculiar fascinación, he preguntado y vuelto á preguntar á otros sacerdotes la transmisión de su experiencia respectiva, la que nunca ha materialmente diferido de la mía.

Bien que recuerdo haber propuesto este hecho como una dificultad á su Eminencia el reciente Cardenal Manning. Me hallaba yo sentado en su propio aposento una noche de invierno, y casi asado por el gran fuego de la chimenea, frente á la cual solía tostar su cuerpo descarnado y consumido, y al charlar sobre toda clase de asuntos que embargaban la atención, comenzó á hacer referencia á sus fuerzas que declinaban y al avance de sus años. Este cambio de conversación, dióme desde luego la oportunidad de traer á cuenta mi dificultad. "¿Cómo", díjele, "se explica usted esa circunstancia extraordinaria de que cuando realmente la muerte llega, la gente parece tenerle tan poco miedo?" "Me parece, continué diciéndole, que por muy bueno que sea un hombre, la simple idea de ir á caer en lo *Gran Desconocido*, de encontrarse con Dios cara á cara, y de que se le ajuste á uno su destino definida é irrevocablemente por toda una eternidad, debía causarle á cualquiera, á orillas de la tumba, el temor más indescriptible y la más punzante angustia".

"Pues bien, querido camarada", replicó el Cardenal, "la gran mayoría de las personas, sin duda que mueren con bastante calma; la explicación que me hago es en breve esta: "Mientras que á Dios place que un hombre viva, con sabiduría propia de El, infunde en el alma de aquél cierto temor y el horror natural á la muerte, con el fin de que se vea inducido á cuidarse de manera adecuada y guardarse del peligro y de riesgos inútiles. Pero cuando á Dios place que muera un hombre, no ha lugar á que subsista ya más aquel temor. No puede servir á mayor objeto. ¿Y cuál viene á ser el resultado? Pues bien, presumo entonces que Dios simplemente retira aquel temor". La explicación del Cardenal me agradó mucho, y no tan solo venía á hacer la apología del fenómeno extraño, sino que colocaba á Dios bajo un punto de

vista digno de ser amado bajo luz de ternura.

Así es como el terror á la muerte retrocede ante nosotros, y se desvanece por completo cuando aquélla está á punto de llegar. Sentimos con mayor claridad, conforme se desenvuelven los años, que es simple transición de una condición de existencia cambiante é insegura, á otra que es permanente y duradera, alcance positivo del grande y glorioso fin, para el cual fuimos creados, y que *tiene* que traer una felicidad de calidad la más suprema y ni siquiera imaginada para todo aquel que "ha combatido por la noble lucha y guardado la fe".

"La muerte es otra vida.
Bajamos la cabeza
al salir, pensamos y entramos derechos
á otra dorada cámara del Rey,
más grande que esta y mucho más hermosa".

Para bien morir, nos toca vivir bien. Con el fin de que alcancemos sólidos goces en aquellos instantes en que nuestra alma está cual el árabe, á punto de recoger su tienda de campaña y con igual silencio deslizarse, debemos vivir en buena y amistosa inteligencia y amor verdadero hacia el Divino Autor de nuestro ser, quien en Su mano tiene las llaves del cielo y del infierno, y quien decidirá de nuestra suerte eternamente. Si hacemos esto, entonces ya bien podremos dar oído con provecho al consejo del Reverendo padre Macleod y seguir aquel mismo: "Pintamos á la muerte como cosa que viene á destruir; mejor será que la pintemos como á Cristo que viene á salvarnos. Pensamos en la muerte como de cosa que pone término, mejor será que pensemos en vida que principia y ésta á mayor abundamiento. Pensamos en perder, será mejor pensemos en ganar. Pensamos en la separación, será mejor pensar en el encuentro. Pensamos en irnos, será mejor pensar en la llegada. Y en aquellos instantes en que la voz de la Muerte nos hable muy bajito al oído: "Es fuerza que os vayáis de la Tierra", entonces dejemos que nos hable la voz de Dios diciéndonos: "Tan solo á mí tú vienes".